

Cuando niños y niñas expresan su cariño

Una de las experiencias más emocionantes que he vivido en mi labor como educadora ocurrió en un momento inesperado. Estaba en el patio amarrando un zapato cuando una niña me lanzó tierra en la cabeza. En ese instante, sentí molestia, porque más allá de la incomodidad física, su conducta me sorprendió. Sin embargo, en lugar de reaccionar impulsivamente, me detuve, respiré y conversé con ella, ayudándola a reflexionar sobre lo que había hecho, sin perder la calma ni el vínculo.

Más tarde, esa misma niña me pidió que la acompañara al baño, me pidió ayuda para subirse el pantalón y, en ese momento de cercanía, me abrazó y me dijo: "te amo". Esa frase tan simple y profunda me generó una emoción impagable. Sentí una mezcla de ternura, orgullo y certeza: estoy haciendo bien las cosas. A pesar de haber corregido una conducta, el lazo afectivo con ella permanecía intacto. Esa niña no se alejó, no tuvo miedo, al contrario, confió en mí, buscó contención y expresó su cariño de forma genuina.

Esta experiencia me reafirma que el afecto, el respeto y los límites pueden convivir. Me recuerda que educar no es solo enseñar contenidos o corregir comportamientos, sino también acoger, comprender y construir relaciones significativas basadas en la confianza.

Desde el Marco para la Buena Enseñanza de la Educación Parvularia, esta vivencia se vincula directamente con el Dominio A: Preparación de la enseñanza, especialmente en el criterio A.1 que plantea la importancia de conocer a las niñas y niños en su dimensión integral. También se relaciona con el Dominio B, que enfatiza la creación de un ambiente emocionalmente seguro, donde los niños se sientan queridos, respetados y valorados.

Estos momentos son los que me recuerdan por qué elegí esta profesión. Son los que llenan el corazón y dan sentido a todo el esfuerzo diario.